

jo que se llama Ezra Pound. ■ JORGE E. DIP.

## El gigantismo de las gentes pequeñas

La bibliografía sobre la guerra civil española y sus consecuencias está llena de autojustificaciones escritas por los protagonistas de primero o segundo orden. Hablan sobre lo que hicieron y por qué lo hicieron desde una perspectiva de élite, de conductores, de protagonistas de primera página. Y a no dudar tiene interés conocer el porqué de los hechos vistos por sus más inmediatos responsables. Pero ha quedado una inmensa zona oscurificada: la base, el peatón de aquella historia, su conducta, su temple, su opinión. Empiezan a publicarse libros escritos por los peatones de nuestra guerra civil. Ahí, ese libro entrañable llamado *Testament a Praga*, escrito por Tomás y Teresa Pamies. Ahí está esa primera remesa de libros de Amat Piniella o Serapio Iniesta que tratan de hacernos llegar el cuadro de lo que fue la inmediata posguerra para los españoles que padecieron cautiverio en los campos de concentración nazi o que lucharon en la Resistencia y en el ejército regular francés para derrotar al fascismo europeo.

En comunión con este tipo de obras escritas por peatones, está en mi opinión un libro excepcional que acaba de publicar editorial Martínez Roca: *Los que sí hicimos la guerra*, escrito por Eduardo Pons Prades. El autor es un barcelonés del Distrito V nacido en 1920. Con

decir que en 1937 se marchó voluntario al frente, está casi todo dicho. Pasó a Francia en el ultimísimo momento: en febrero de 1939, y en noviembre del mismo año ya le vemos alistado en el ejército francés combatiendo contra el invasor alemán. En 1942 reaparece incorporado a la Resistencia de la zona Aude-Ariège, y al frente de un destacamento de guerrilleros franco-españoles, participó en la liberación de la región Este de Carcasonne. Pons Prades volvió a España en 1964, y desde entonces colabora en alguna publicación como «reportero histórico», principalmente en *Historia y Vida* y se dedica, sobre todo, a traducir.

La semblanza del autor era obligada. Para cualquier español de hoy esta biografía es excepcional. Para cualquier español de más de cincuenta años esta biografía es la constante de una juventud. El propio Pons Prades dedica su libro a demostrarlo, porque el protagonista del libro es un sujeto colectivo: aquella juventud española que pasó por la Historia a pie, con el fusil al hombro; su peso era el esperanzado peso de la libertad. El autor aporta datos interesantes y espeluznantes: interesantes el papel jugado por la «emigración económica» española en Francia durante y después de la guerra civil, sus relaciones con la «emigración política» derivada de la guerra; interesante el papel de reactivadores morales que en muchos momentos tuvieron que asumir los exiliados españoles frente al absentismo y desidia resistencial de los franceses; interesantes la capacidad de organización, sacrificio, heroísmo de ley de aquellos españoles que lo habían perdido todo menos la confianza en sus razones históricas.

Espeluznante en cambio, la barbarie que conlleva la guerra y sobre todo la barbarie nazi encarnizada en los campos de concentración. La crónica de Pons Prades es a la vez deprimente y exaltadora, porque como toda literatura sencilla aplicada a transcribir fielmente una realidad simple, los excesos de la maldad se captan precisamente porque a su lado se perciben los excesos de la bondad. Frente a la fuerza, la perversión, la malicia del verdugo, la astucia, la pureza, el sacrificio de la víctima.

Pons Prades alterna el reportaje de los hechos con la escenificación de algunos episodios concretos. La historia de la niña Azucena Hernández, violada y asesinada por el guardia senegalés de un campo para refugiados españoles; el relato de unos refugiados obligados a pernoctar en un campo inundado, con el agua hasta la cintura y con los brazos en alto sosteniendo las camillas con sus camaradas heridos; el mano a mano patriótico entre un oficial francés de la reserva y un ex taxista barcelonés; el combate entre republicanos españoles y alemanes nazis por un castillo en Flandes (probablemente el mismo de Eduardo Marquina); Asturias-Ucrania-Auschwitz; itinerario de una muchacha española: Pepa Natalia Rodríguez Ortega. Los episodios acercan la cámara descriptiva a los personajes de carne y hueso, a esas gentes pequeñas obligadas a meterse en la estatura de gigantes para poder sobrevivir.

Junto a ese cuadro real y emotivo, datos sobre la participación española en la Resistencia y la lucha abierta dentro del ejército regular aliado. También las irritantes discrimi-

naciones que este heroísmo padeció por parte de un suspicaz mando aliado que veía un dinamitero en cada español exiliado. Pons Prades ha escrito este libro desde una actitud de rabiosa pasión, frenético orgullo. Actitudes lógicas en unos hombres que durante años tuvieron que ocultar la batalla por la dignidad personal y colectiva que había dado sentido a sus vidas. Consigue comunicarte esa rabiosa pasión, frenético orgullo y sobre todo una sedante confianza en el sentido de orientación histórica de los peatones de la Historia. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

## CANCION

### «De las raíces»

Las «raíces» del cantante Carlos Montero y el poeta José Alberto Santiago tienen suelo argentino y es verdaderamente muy argentino lo que han hecho. Y por verdadero, es decir, por localizable, histórico, reconocible como realidad que puede haberse vivido o soñado —auténtico folklore, el más auténtico de los folklores, el folklore vivo que habla de la vida y se hace comunicable porque acierta a expresar las cosas que todavía nos están pasando de tal manera que ni el intérprete puede dejar de emocionarse al contarlas ni nosotros podemos dejar de sentir las cuando lo escuchamos.

Carlos Montero tuvo hace poco su presentación en Madrid con elo-

gio unánime de crítica y público. De José Alberto Santiago decíamos hace unos días en una entrevista al filósofo poeta Fermín Bouza que había sido finalista del premio Ocnos 1972 junto a éste y que había obtenido recientemente el Leopoldo Panero. Hurgando entre sus raíces, Carlos Montero y Alberto Santiago nos ofrecen ahora en un LP (Movieplay) una de las experiencias más difíciles, y por otra parte más necesarias, a que se enfrentan hoy cantantes y poetas y donde éstos últimos, sobre todo, se estrellan casi inevitablemente. La experiencia se hace todavía más difícil si el cantante en lugar de apoyarse en una selección variada de poemas, famosos por su intrínseco valor literario, pertenecientes a distintos autores, se nos pone a cantar los poemas de un solo autor cuyos premios literarios se producen en un ámbito en que los criterios y gustos quedan a desmano de los que en general sancionan esta forma de literatura oral que es la canción. Pero estos poemas no son tales, sino canciones desde un principio que hablan en lenguaje llano de los trabajos y tristezas de los pobres al hilo de la vida —«la vida» es una expresión presente en la mayoría de los temas—, y en las que Alberto Santiago «acertó en todo el centro», como dice en la presentación Félix Grande, sin duda porque antes había acertado a sentir y comprender la condición desamparada de los hombres o del hombre, cuyas andanzas y trabajos, exilios y humillaciones, rebeldías y soledades nos cuenta el cantor y que difícilmente ningún otro intérprete podría haber asumido con la emotividad y acierto de Carlos Montero, voz de una tristeza que cala los

huesos y excelente guitarrista, sobre todo. He aquí los diez temas que el disco contiene: «Zamba de la pensión», «Gato de los árboles», «Bagua en la muerte de un gaucho», «Estilo del pobre», «Chacarera del provinciano», «Vidalita», «El "trompezo"», «La despedida», «Cifra para un regreso» y «Milonga del cantor». ■ F. ALMAZAN.

## ARTE

*La circunstancia, el azar, el orden —o el desorden— con que se van presentando las cosas, han hecho que hoy tenga yo que hablar aquí de dos artistas entre los que no cabe ninguna posible identidad y ni siquiera ningún posible paralelismo. Son ellos, de una parte, Aurora Argibay de Ruibal —conocida por sus nietos, por sus hijos y por los amigos de sus hijos como Yoya—, aldeana gallega de setenta años, y de otra, Erwin Berchtold, alemán con residencia en Ibiza, pintor también. No tienen nada que ver la una con el otro. Por supuesto, no se conocen. Pero yo acepto el reto del azar y de la circunstancia. Ahí van los comentarios a cada uno.*

### Erwin Berchtold

En la galería Juana Mordó, Madrid.

En realidad, Berchtold lleva tantos años viviendo entre nosotros —primero en Barcelona, luego, en Ibiza—,